

"El soldado debe *empeñar* la espada" . . .

En esta otra prueba se lee en la corrección: *en casa del curial*. . . y el tipógrafo había *parado*: *en la casa de cuna*; y más adelante vean ustedes: *Montalayo* por *Moncayo*; gorro *frígido*, por gorro *frigio*; *interregno* por *integérrimo*; *pantoja* por *paradoja*; poner en *patagón*, por poner en *parangón*; un *terreno*, por *interno*; *revolver* el problema por *resolver* el problema; *se salió de la tangente*, en vez de *se salió por la tangente*; el *chato Persa*, por el *Shah de Persia*. . . .

Y de seguro que jamás acabaría si me propusiera pasar revista á todas las erratas de los señores tipógrafos, muchísimas de las cuales han aparecido en el periódico, sin que nadie lo haya podido evitar.

No ha muchos días mi querido colega Pepe Prieto tuvo el capricho de declarar *urbi et orbi* que no era "indiferente á los mágicos encantos de la *poesía*," y un aprendiz de cajista le hizo decir que no era indiferente á los mágicos encantos de la *POLICÍA*.

Pepe preguntó entonces al rapaz, con la chispa que le es genial:

—¿Dónde tienes tú el sentido común?

—Aguarde usted, voy á preguntar, contestó el chico, y salió corriendo sin reparar en la hilaridad que nos había producido su respuesta.

Al cabo de algunos minutos volvió diciendo:

—Señor, no parece; seguramente lo tendrá en su escritorio el corrector, pero se ha llevado la llave. . . .

.....

Y advierto que el hecho es histórico.

Conque, por lo visto, no será en las imprentas donde más sobrado ande el sentido común: busquémoslo en otra parte.

Iremos por calles, plazas y paseos: quizá guste de exhibirse en lugares públicos. . .

Fijemos nuestras miradas en los transeuntes por si descubrimos quién le lleva consigo.

Examinemos á aquel *lagartijo* que, como todos sus congéneres, pasa los días enteros y verdaderos parado en actitud cómica en la esquina del pretendido *boulevard*; que usa zapato bajo de charol, calcetines *visibles* de color chillante, pantalón alto y ajustado; que á duras penas alcanza á asomar la cabeza allá. . . en la parte superior del tubo rígido é inflexible que forma el cuello de la reluciente camisa; que se somete á un apremiante corsé para lucir un talle esbelto; que baja el blondo pelo sobre la blanca frente formando artístico *toupet*, como para competir en encantos con el bello sexo; que usa lentes que no ha menester, por someterse á la ingente necesidad de ser miope; y, por último, que recibe como cariñosos aplausos y testimonios de admiración, las sonrisas burlonas de los transeuntes que le miran con tenaz curiosidad: y díganme ustedes con toda franqueza ¿será este sujeto el dichoso poseedor del *sentido común*?

¿O lo será aquella anciana apergaminada que viene por ahí con el frontispicio más deteriorado que la fachada del Palacio Nacional, pero llena de flores y perifollos más que un escaparate de taller de modas? . . .

¿O tomaremos como la personificación del *sentido común* á aquel *fuereño* barrigudo, vestido estrambóticamente, que camina con ojos de espantado y con la boca abierta?

No; decididamente tendremos que continuar nuestras pesquisas en otro lugar.

Pero,

"¿A dó iremos á buscarlo?"

¿Estará en el teatro? ¿Será por ventura el comediante que aturde á la concurrencia con gritos desaforados, que lo dice todo en el mismo tono y que mientras más se desgañita cree acercarse más á la perfección artística? (No lo digo por . . . nadie).

¿Será aquel *barba* que por decir:

—“Señor, muerto está! ¡Tarde llegamos!” vociferó:

—“Señor muerto, esta tarde llegamos” . . .?

¿Será la actriz lacrimosa que no puede decir “Buenos días,” sin hacer antes un *puchero* y llevarse el pañuelo á los afligidos ojos? (Tampoco es alusión. Conste).

¿Serán, por último, aquellos espectadores que ríen á mandíbula batiente y aplauden con frenesí cuando el estúpido criado dice una sandez, y rocan á más y mejor en las situaciones dramáticas?

¿Será? . . . Pero no; salgamos del teatro, que esto no ofrece expectativa.

¿Sentido común, será verdad que estás en todas partes?

¿Estarás en los Ayuntamientos que apagan el alumbrado, secan las fuentes, enfangan las calles, destruyen los paseos y ponen lápidas conmemorativas de sus altos hechos?

¿Estarás en las Cámaras legislativas en que se habla de Ejecutivos que tienen suegros y suegras?

. . . Pero ¡chitón! que en tratándose de *poderes* y autoridades, no quiero habérmelas ni con el último Jefe político, ni con el más humilde Alcalde.

Y eso que tratándose de Alcaldes y de sentido común basta reunir las dos ideas para tener á la vista la antítesis más perfecta.

Si no fueran tan conocidas y populares las anécdotas que se atribuyen al Alcalde de Lagos, vendría muy

á cuento referir aquí algunas de ellas en comprobación de mi aserto.

Por supuesto que no quiero referirme á mi compadre *El Alcalde de Lagos* (porque es mi compadre) que ha publicado varios artículos en *El Universal*, y que ahora permanece mudo y taciturno, ni más ni menos que si tuviera miedo á los lances personales, hoy tan en boga

¿Conque, señores, ¿dónde está por fin el utensilio que buscamos? ¿Dónde lo venden?

Ah! pero esto me recuerda una verídica historia con la cual voy á poner punto á mi ya larga habladuría.

Fué el caso que un hacendado, muy rico pero muy bruto, (dicho sea sin ofender á nadie) mandó á un hijo suyo á la ciudad para que *se lo hicieran Licenciáu* en el mejor Colegio de ella.

Es de advertir que el joven no desmentía el proloquio: *de tal tronco, tal. . . etc.*

Y sucedió que al cabo de algunos meses el padrino del apreciable estudiante escribió al padre de éste diciéndole que mandara por su hijo porque decididamente estaba mejor para la yunta que para el estudio.

Vino entonces el hacendado á la ciudad muy cargado de razones, y habló de esta suerte al padrino del mancebo:

—Compadre, yo *quero* que *mijo* sea *Licenciáu* por bien ó por la *juerza*: dígame qué le falta *pa* poderlo ser.

—Francamente, compadre, mi ahijado no tiene ni sentido común. . . .

—*Pos* si en eso *topa*, no hay *cuidao*: le encargaremos uno á *Uropa* ú los *Estáos Uníos*, y cueste lo que costare.

—Ay! compadre: si el sentido común se vendiera en alguna parte, yo encargaría dos: uno para su hijo y otro para usted.....

PERICO EL DE LOS PALOTES.

COSAS QUE HACEN FALTA

EL LATÍN

Pulcherrima et docta lingua.
Cicerón.

Ah! señores cajistas! Ya me figuro lo que vais á hacer de este mi pobre artículo. . . .

Si cuando no hay en los originales palabras extranjeras, los dejais que dan lástima una vez puestos en letras de molde, ¿qué sucederá hoy, que por uno de tantos descarríos me ha venido á las mientes la tenaz idea de saturar de latinajos una docena y media más de cuartillas?

Os entrego mi obra: haced de ella lo que gustéis; pero os advierto que no he de leerla impresa, porque no quiero proporcionaros el feroz placer de gozaros en mi desesperación.

Haré lo que los malos tiradores: después de apuntar, cierran los ojos, disparan y . . . dé donde diere.

También yo cerraré los ojos para no leer las blasfemias que de seguro pondreis en mi boca.

Esta advertencia previa me salva, dicho sea para *inter nos* (y conste que ya empiezo á latinear); porque de-

bido á ella todas las faltas que cometa al escribir, caerán sobre vosotros, pues no habrá lector que no crea que sois los autores de ellas.

Ah! pícaros! No hace uno tantas al año . . .

*
**

Verdad es que tenemos en castellano gran abundancia de palabras, frases y giros para expresar cuanto buenamente queramos; cierto también que los señores puristas ponen el grito en el cielo cuando de introducir voces á locuciones extranjeras se trata; pero esto no impide que sea muy de buen tono emplear siempre que venga á cuento (y algunas veces aunque no venga;) la mayor suma de enérgicas expresiones tomadas de la *pulcra y docta lingua* de los Sénecas y Horacios.

Tan cierto es esto, que yo no me explico cómo pudiera hacerse notable una novela cualquiera, sin el requisito indispensable de que por lo menos dos ó tres de los nombres de sus capítulos sean latinos. Ni menos puedo admitir que un sermón sin textos también latinos, sea capaz de obrar la conversión de un pecador. Me fundo para aseverar esto último, en que de modo práctico he visto comprobado el siguiente teorema, sobre el que me tomo la libertad de llamar fuertemente la atención de los oradores sagrados, por lo que pueda importarles en el ejercicio de su ministerio, es á saber: "las lágrimas que hace derramar á los fieles una homilía, están en razón directa del número de latines que ésta contiene."

Y es natural que así sea, porque cualquiera persona de buen sentido presume que en tales casos lo más solemne y patético debe de ser lo que se dice en ese idioma, pues por algo se prefiere decirlo en latín.

*
**

Pero no sólo en la tribuna sagrada *hace falta* el latín; y sobre esto no puedo menos de interpelar á mi querido colega el gacetillero de *El Universal*.

Diga usted, caro amigo: ¿se puede ser gacetillero sin saber latín?

¡Dígalo usted con franqueza! . . .

Yo le aseguro que para nadie han podido pasar inadvertidos los elegantes latines que con tanto donaire sabe usted deslizarse en sus chispeantes gacetillas, ora como epígrafes, ora con el carácter de oportunos y contundentes comentarios.

Qué habían de pasar!

Yo de mí le sé decir que me he aprendido de memoria muchos de sus párrafos, como aquel titulado *¿Quare causa?* en que preguntaba usted por qué no habrían mandado barrer el callejón del *Chiquihuite*; aquel otro que llevaba á la cabeza un *Quosque tandem* muy oportuno, y en el que se apremiaba á la empresa de los ferrocarriles del Distrito, para que mandase reparar el kiosco que tiene en la plaza principal; y muchos otros que sería prolijo enumerar.

Y á fe que tiene usted razón que le sobra para obrar así.

De otro modo, no me imagino cómo se pudiera dar gracia, energía y sabor clásico á la noticia de un descarrilamiento de trenes; ó á la de una riña entre mujeres de vida alegre.

Nada tan natural como empezar con un *horresco referens*, la *horrorosa* noticia de un *horroroso asesinato*; y por iguales motivos y razones hay que emplear, cuan-

do la oportunidad lo reclame ó siquiera lo permita, expresiones como las de *magister dixit*; *ergo verum est*; *exemplum sumitur á majoribus*; *quid inde sequitur?*; *nemo dat quod non habet*; *prius est esse quam taliter esse*; *non plus ultra*; *ad hoc*; *ab ovo*; *ad hominem*; *ad honorem*; *ad majorem Dei gloriam*; *alter ego*; *á fortiori*; *casus belli*; *ecce homo*; *ex cathedra*; *in articulo mortis*; *ispo facto*; *calamo currente*, *noli me tangere*; *quod scripsi*, *scripsi*; *vade retro*; *tu quoque*; *vis comica*; etc., etc., etc.

Bien hace usted, repito, y no puedo menos de aplaudir la previsión y buen juicio con que ha procedido al formar su catálogo especial de frases latinas; porque de este modo tan luego como le *hace falta* algún latinajo para salpimentar tal ó cual gacetilla, ocurre usted á sus apuntamientos, y á renglón seguido encuentra á pedir de boca lo que ha menester, bien así como si tuviera por asesores necesarios á Tito Livio, Quintiliano, Séneca, Ovidio, Horacio, Cicerón, Virgilio y cuantos escritores hayan cultivado la lengua latina, sin exceptuar á los santos padres de la Iglesia.

*
**

Pero se dirá: y los que no ejercen la noble profesión de gacetilleros, ¿para qué necesitan del latín?

¡Vaya un candor! ¡Como si no se pudiera dar muestras de cultura aun en la conversación familiar!

¿Quién es aquél que desprecia la oportunidad de sacar á relucir un *veni, vidi, vici*; un *integer vitae*; un *pallida mors*; un *por lo que potest contingere*; un *¡O tempora, o mores!*; un *sub umbra*; un *in albis*; ó un *tanquam tabula rasa?*

Conozco estudiantes que ponen como epígrafe á sus cartas amorosas, expresiones como *¡o fortunata nata!*;

dulcis Galatea; formosa puella, y algunos más, seguros de que con tal sistema no habrá conquista que no realicen, pues las chicas saben muy bien que una persona que habla latín no se encuentra tan fácilmente á la vuelta de una esquina.

Los aficionados á la historia natural se saben al dedillo la manera de dejarnos boqui-abiertos hablándonos de *homo sapiens, felix catus, lepus cuniculus, y pediculus humani capilis*.

Y si bien es verdad que por regla general nadie les entiende, en cambio dicen todos: ¡qué sabios son estos señores!

A uno de ellos pregunté cierta vez:

—Doctor, ¿cuál es el nombre científico del perico?

—*Pericus parlantibus*, me contestó con mucha seriedad y frunciendo las cejas como para reconcentrar sus ideas.

—¿Y el del cerdo?

—*Cerdus inmundus*.

—¿Y el del murciélago?

—*Murcielagus volans*.

—¿Y el del burro?

—*Asnus estupidus*.

No cabía duda que aquel hombre era uno de ellos, es decir, uno de los más grandes . . . sabios.

Lo digo porque lo mismo me hablaba de asnos y murciélagos que de *stramonium* y *aconitum*, medicamentos con los cuales me aseguraba que sanaría yo de una enfermedad que jamás he sentido, pero que él como gran médico me había diagnosticado sin temor de equivocarse.

Y era cosa de chuparse los dedos oírle hablar de historia, de arqueología y de bibliografía.

De este último ramo poseía verdaderos prodigios, tales como un ejemplar de las obras de San Agustín, impreso en el Japón en el siglo noveno, y otros que por el momento no recuerdo.

*
* *

Pero no quiero divagar.

Hay otras muchas clases de latinistas, que no alcanzaría á enumerar en este reducido artículo.

Los aficionados al género sagrado abundan y son por cierto muy curiosos.

Hay sacristanes que inflan satisfactoriamente los carrillos al contestar un *ecun espirito tui (sic)*; beatas que prefieren rezar en latín, y se llenan de complacencia al pronunciar un *kriste leición*, un *requiescante impaceamén* ó un *seculorum secularum*; y estudiantes de gramática que se perecen por obsequiar á sus circunstantes con el *Confiteor Deo*; el *Ave maris stella*; el *Ut queant laxis*; el *Pange lingua*; el *Dies iræ* ó el *Te Deum laudamos*. Y por supuesto que en tales casos se consterna tanto más el oyente, cuanto menos entiende.

*
* *

Los abogados, tinterillos y toda clase de curiales explican satisfactoriamente á los litigantes el derecho que les asiste, ó que no les asiste, con un *vigilantibus non dormientibus* . . . un *quis, quid, coram quo* . . . ó un *ne-mini volenti fit injuria*.

Recuerdo que un amigo mío, abogado, logró persuadir á un su cliente de que le pagase cierta cantidad de honorarios haciendo aplicación de esta contundente regla de derecho: *venter non patitur dilationem*.

El cliente se dió por vencido, no tuvo objeción que oponer, por la sencilla razón de que se encontraba en latín *tanquam tabula rasa*, y de ahí que se quedara *in albis*.

*
* *

De todo lo dicho infiero que hemos llegado á una época en que el estudio del latín se va desterrando de las universidades; hoy no se leen los clásicos latinos, ó se leen *en francés*; casi no hay quien se tome el trabajo de aprender el *musa, musæ*, y apenas si hay quien tenga noticia del Nebrija, el Araujo, el Iriarte y del Marqués de Medina: pero nada de eso impide que todos hablemos latín. Sí, lo hablan los gacetilleros, los farmacéuticos, los tinterillos, los sacristanes y las beatas.

En algunas cosas los efectos del progreso son muy visibles.

Antiguamente había que estar tres años bajo la férula del dómine para mal traducir del latín.

Hoy todos citamos trozos cuando menos del Arte Poética de Horacio, de las Eglogas y las Geórgicas de Virgilio, sin habernos tomado el trabajo de hojear esos autores

.

PERICO EL DE LOS PALOTES.

COSAS QUE HACEN FALTA.

EL CALOR

La chaleur c'est la vie.

VICTOR HUGO.

Qué tristes están los campos! . . . los árboles desnudos de sus antes lozanas hojas, la hierba seca, los prados mustios y amarillos!

El amanecer es callado y desconsolador. Los horizontes están velados por blanquecina densa niebla; los cristales de la alcoba cuajados de rocío que remeda tímidos brillantes que muy luego se unen los unos á los otros para descender por la diáfana superficie, como ruedan por las mejillas las gruesas lágrimas que arrebatan el dolor á las pupilas.

El ambiente está helado, y el suelo y las plantas cubiertas de rocío.

Las fugitivas aguas de las corrientes que por el prado se deslizan, fueron sorprendidas en su curso por el soplo de la noche, y quedaron como petrificadas en su cauce, convertidas en diáfanos cristales.

No hay verdor en los campos, ni flores en los prados, ni avejillas en los árboles.

Todo está triste. La tierra languidece y se hiela de pesar, porque Febo, su amante, se ha alejado de ella . . .

*
* *

El calor es la vida, la animación, el movimiento, el brillo y la lozanía de la naturaleza.